

Las guerras del siglo XXI

Hefried Münkler

Profesor de Ciencias Políticas en la
Universidad Humboldt de Berlín.

El presente texto fue traducido por
Miguel Gamboa con autorización
del autor

EN SU OBRA *DE LA GUERRA*, CLAUSEWITZ UTILIZÓ la metáfora del “camaleón” en un pasaje que ha permanecido casi ignorado por los especialistas¹. El teórico prusiano se refería así a la guerra que siempre necesita cambiar sus formas para poder adaptarse a las circunstancias sociopolíticas variables en que debe ser conducida. Al explicar esta metáfora, él distinguió tres factores de la conducción bélica: la violencia original de su elemento, la creatividad del conductor estratégico y la racionalidad de quien toma la decisión política. La “violencia original de su elemento, en tanto odio y enemistad, hay que verla como un *instinto natural ciego*”, dice Clausewitz, quien además asigna este factor al pueblo. El “juego de las posibilidades y casualidades, que hace de la guerra una *imprevisible actividad del espíritu*” es asunto del conductor de la guerra. Finalmente, la “naturaleza subordinada, propia de un instrumento político, que por eso recae *en el mero entendimiento*”, convierte la guerra en instrumento del gobierno². Los desarrollos sociales, los cambios en las relaciones políticas, el avance tecnológico y, por último, el cambio cultural, llevan a nuevas constelaciones en cada uno de esos tres factores, y en consecuencia la guerra asume siempre formas nuevas y diferentes. Lo que más contribuye a este cambio es, según el punto de vista de Clausewitz, la interdependencia entre la violencia elemental, la creatividad estratégica y la racionalidad política.

EL DISTINTIVO DE LAS NUEVAS GUERRAS: LAS ASIMETRÍAS

Al tenor de la definición de guerra dada por Clausewitz, se puede destacar la especial creativi-

¹ Una excepción es la de Andreas Herberg-Rothe, *Das Rätsel Clausewitz. Politische Theorie im Widerstreit*, München 2001, pp. 98 y ss.

² Carl von Clausewitz, *Vom Kriege*. 19. Aufl. hrsg. von Werner Hahlweg, Bonn 1980, p. 212.

dad del teórico de la guerra de guerrillas Mao Tse-tung, al descubrir la prolongación, es decir, la *desaceleración de los acontecimientos*, como una oportunidad para una victoriosa resistencia armada contra un enemigo superior tanto en la tecnología del armamento como en la organización militar. De esta manera, la guerra de guerrillas, concebida por Mao en principio como una estrategia acompañante de la guerra grande, adquirió el rango de una estrategia político-militar autónoma. Los aparatos militares tienden a una aceleración del transcurso de la guerra, pues así pueden hacer valer mejor sus ventajas. Esto era lo que hacía la caballería de Murat, que destrozaba en veloz persecución a los enemigos que Napoleón expulsaba del campo de combate, lo mismo que los tanques del general alemán Guderian, que aprovechaban pequeñas rupturas en las líneas enemigas para golpear profundamente o, en la segunda guerra del Golfo, los bombarderos y cohetes teledirigidos de Swartzkopf, que paralizaron el comando y las estructuras de abastecimiento iraquíes, antes de que comenzara la ofensiva terrestre.

[4]

La gran superioridad estratégica con que Helmuth von Moltke pudo conducir las guerras de la unificación alemana de 1866 y de 1870-1871, se deben en gran parte a que supo utilizar el recurso de la aceleración mejor que su enemigo. Y lo mismo sucede, en las últimas décadas, con la dramática superioridad del aparato militar norteamericano frente a todos sus potenciales enemigos, la cual ha sido alcanzada en gran medida por su capacidad de aprovechar las numerosas posibilidades de aceleración que se dan en diversos niveles del acontecer bélico.

Se podría entonces pensar, como lo hacen el teórico francés de la aceleración Paul Virilio³ y sus seguidores, que el desarrollo de la guerra está constantemente sometido al imperativo de la aceleración, y que el triunfo corresponde a quien tenga un mayor potencial de aceleramiento. Pero Clausewitz, por el contrario, con su metáfora del camaleón, muestra que la historia de la guerra no sigue tales modelos unilaterales, casi siempre orientados al progreso

tecnológico, sino que está sometida a complejos condicionamientos. La aceleración tiene, ni más ni menos, su precio, que consiste sobre todo en un gasto logístico cada vez más grande, y a consecuencia de ello, en una menor participación de las unidades de combate en relación con el total de la tropa llamada a filas. A lo anterior se añaden el aumento del costo financiero, el mayor riesgo de fallas y la creciente vulnerabilidad, que afectan al aparato militar⁴. La creatividad de Mao radica en no caer en la tentación del gran aceleramiento, con el cual nada tenía que ganar su ejército campesino, sino en convertir la debilidad en fuerza: él contrapuso al principio de la aceleración el de lentitud al definir la guerra de guerrillas como una guerra prolongada⁵. La estrategia guerrillera consiste, según esto, en tomar en cuenta todas las posibilidades de hacerle pagar al enemigo verdaderamente el *precio de la aceleración* y en tal medida que le resulte impagable. Raymond Aron ha resumido esto en una fórmula: los guerrilleros ganan la guerra cuando no la pierden, y quienes luchan contra ellos la pierden si no la ganan⁶. Para la guerra, ambos lados tienen recursos de tiempo diferentes. Qué tan efectivo puede ser esto lo tuvieron que experimentar dolorosamente los norteamericanos en Vietnam. La conducción asimétrica de la guerra, que en los últimos decenios se ha convertido en la característica de las nuevas guerras, se apoya en gran medida en la diferencia de velocidad con la que ambas partes conducen la guerra. La asimetría por el lado fuerte se funda en una capacidad de aceleración que el adversario no puede mantener. La asimetría por el lado de la debilidad, en cambio, se apoya en la disposición y capacidad de volver lenta la guerra, lo cual muchas veces se acompaña con un elevado costo en bajas propias.

Las guerras de conducción simétrica, que son características de los siglos XVIII y XIX e incluso del siglo XX, se pueden definir como guerras conducidas con igual velocidad por ambos adversarios. A lo sumo se trataba de pequeñas ventajas de aceleración, lo que decidía entre triunfo y derrota en las guerras simétricas.

3 De los numerosos escritos de Virilio, ver sobre todo su ensayo "La vitesse de libération", Paris, 1995.

4 Martín van Creveld en una discutida tesis sostiene que debido a la disponibilidad de la bomba atómica y sobre todo a la inflación de las estructuras logísticas de los ejércitos modernos, las guerras del futuro no se librarán con armas convencionales. Ver Creveld, *The Transformation of War*, New York, 1991.

5 Ver Herfried Münkler, *Über den Krieg. Stationen der Kriegsgeschichte im Spiegel ihrer theoretischen Reflexion*, Weilerswist, 2002, p. 173.

6 Raymond Aron, *Der permanente Krieg*, Frankfurt/M., 1953, S. 48.

Teniendo en cuenta lo que se puede aprender del significado estratégico de la retardación en la época de la aceleración, las guerras del siglo XXI no van a ser la continuación lineal de las del siglo anterior. Sobre el triunfo o la derrota no van a decidir sin más el tamaño de los recursos materiales o el nivel del desarrollo tecnológico. La gigantesca superioridad tecnológico-militar de Estados Unidos no garantiza que van a terminar en un triunfo todas las guerras que cada vez más están dispuestos a hacer. Y sin embargo, a las sociedades occidentales, con todo su desarrollo, su participación política, su estado de derecho y su mentalidad posheroica, no les queda más que hacer avanzar tecnológicamente su aparato militar. Las democracias occidentales no están en capacidad de desarrollar una "guerra prolongada" en el sentido dado por Mao Tse-tung.

Como esas sociedades están programadas para el intercambio y no para el sacrificio, lo cual constituye la diferencia entre las sociedades posheroicas y las heroicas, ellas harán todo para impedir o al menos disminuir las pérdidas propias, y esto sólo es posible con la superioridad de la técnica militar. La segunda guerra del Golfo (1991) constituye un ejemplo, pues frente a unas pérdidas iraquíes calculadas en 100.000 bajas, las fuerzas de intervención dirigidas por Estados Unidos sólo tuvieron 140. Todavía más, la guerra de Kosovo pasa a la historia militar como la primera en la que el bando vencedor no perdió ni un soldado en los enfrentamientos. Las carreras armamentistas del siglo XXI, en consecuencia, no serán simétricas como lo fueron en los siglos XIX y XX desde la construcción de marinas de guerra en Alemania e Inglaterra hasta los cohetes nucleares de Estados Unidos y la Unión Soviética, sino que se tratará de la competencia entre armas de alta tecnología y aquellas de baja tecnología. Desde el 11 de septiembre sabemos que incluso cualquier cuchillo, utilizado para el secuestro de un avión de pasajeros que se hace estrellar contra edificios y ciudades, puede hacer conmover hasta en sus cimientos a una superpotencia. Claro que en este caso no fue la pura retardación la que brindó a los terroristas la posibilidad de atacar a Estados Unidos sino una combinación de velocidad y retardación: utilización de la infraestructura del atacado convirtiendo aviones en cohetes y combustible en material explosivo, por parte de un grupo que al amparo

de la clandestinidad pudo preparar tranquila y pacientemente el ataque. Mohammed Atta y sus seguidores atacaron utilizando y volteando en su contra la velocidad propia de Estados Unidos. Aprovecharon desde el intenso tráfico aéreo hasta su sistema de medios informativos que transmitieron en vivo, a todo el planeta, la catástrofe del 11 de septiembre.

La creatividad estratégica no puede desarrollarse así no más, independiente de los otros dos elementos de la tríada de Clausewitz: la violencia connatural de la guerra y la racionalidad de la cúpula que decide. Por eso, el principio de retardar sistemáticamente la guerra, que caracteriza a la guerra de guerrillas, sólo se puede aplicar exitosamente allí donde la mayoría de la población no encuentra otra solución a los problemas económicos, sociales y políticos, diferente a una guerra que acarrea innumerables pérdidas y una intensa destrucción. Sólo así pueden las unidades guerrilleras contar con apoyo logístico de la población, que, además, no estará dispuesta a colaborar con el enemigo y sí a suministrar cada vez más hombres (y mujeres) para el reclutamiento guerrillero. Allí donde no es éste el caso, se moverán los guerrilleros entre la población, no precisamente como el pez en el agua sino en seco, siendo fáciles presas del adversario. La estrategia asimétrica de la guerra de guerrillas encuentra así a la larga un límite para su aplicación ya conocido desde comienzos del siglo XIX. En principio, las asimetrías de la guerra de guerrillas sólo pueden aplicarse en la defensiva, y aun en este caso bajo la condición de que la población esté dispuesta a asumir un gran sacrificio. Lo verdaderamente peligroso en las nuevas formas del terrorismo internacional consiste en que derriba la limitación al empleo de la conducción asimétrica de la guerra, conocida desde hace tiempo. Aquel límite del odio y la enemistad mencionados por Clausewitz, y el resultante límite en el uso de la guerra como instrumento político, se derriban cuando se descubre que la infraestructura civil del enemigo atacado es como el equivalente funcional de la propia población civil y su capacidad de sacrificio⁷.

Al observar las actuales tendencias del desarrollo internacional, se puede pronosticar que en el siglo XXI habrá una gran parte de la población que sólo verá sus posibilidades de futuro en el mantenimiento de las guerras. La suposición de que muchos verán sus posibilidades de ganar

7 Ver Herfried Münkler, *Die neuen Kriegex, Reinbek bei Hamburg*, 2002, p. 175.

algo en el futuro mediante el cambio violento y no en un desarrollo pacífico se apoya en suficientes motivos. Por una parte están los riesgos medioambientales, como la falta de agua potable, el avance de la desertificación, la elevación del nivel del mar; por otra, una distribución desigual a escala global de los bienes económicos, de las posibilidades de educación y de las condiciones de vida. A lo anterior se suman la desigualdad del desarrollo demográfico y las olas migratorias que lo acompañan; la inestabilidad de los mercados financieros, la merma de capacidad de los estados para controlar sus monedas, sus impuestos y sus economías y, como si lo anterior fuera poco, el rápido colapso del Estado en algunas regiones. El empleo de la violencia, como inversión para el futuro, será para muchos un elemento central de su racionalidad política, y lucharán no sólo por recursos vitales sino que estarán dispuestos a empezar guerras asimétricas contra poderosos adversarios.

Es precisamente como resultado de su avanzado grado de desarrollo socioeconómico, por lo que esos adversarios poderosos son muy vulnerables, y esa vulnerabilidad no la pueden hacer desaparecer mediante ninguna superioridad militar. Los diversos proyectos norteamericanos para dotarse de un sistema de defensa antimisiles tienen como propósito erigir una deseada invulnerabilidad. Ese sistema defensivo se dirigía hace ya mucho tiempo contra la Unión Soviética y ahora se dirige contra adversarios relativamente débiles, que disponen sin embargo de un alto potencial de amenaza al poseer ojivas nucleares y algunos cohetes. Pero el 11 de septiembre constituyó también una desilusión con las expectativas asociadas a esos proyectos.

En principio, las guerras han perdido atractivo económico y político para las sociedades avanzadas, pues cuestan más de lo que producen. Las sociedades posheroicas tienen como valor supremo la protección de la vida humana y la intensificación de las experiencias individuales de felicidad. En consecuencia, desde el final de la Segunda Guerra Mundial, las sociedades occidentales han justificado cualquier clase de armamentismo como defensa, como una medida contra la guerra y no para prepararla. Si el mundo sociopolítico constara sólo de esas sociedades,

la paz perpetua anhelada por Kant hace tiempo sería una realidad⁸. Pero esto tendría como presupuesto que todas las sociedades se enrumbaran por el mismo sendero de desarrollo, que sigue siendo orientado por los ideales de la secularización occidental de la política, de la individualización de la sociedad y del pluralismo normativo. Pero precisamente contra esto luchan diversos fundamentalistas que, además de defender tradiciones atrasadas, representan también una reacción ofensiva contra la modernización según el modelo occidental. El dilema que marcó las dos últimas décadas del siglo XX seguirá influyendo en el XXI: un mundo socializado a través del intercambio y la cooperación descansa en presupuestos que sólo se dan mediante una mayor igualación de las particularidades relativas a religión, cultura y civilización.

Junto a la lucha por nuevas reglas de distribución de los bienes económicos, de las oportunidades de educación y de las condiciones de vida, la defensa de las identidades culturales será siempre un elemento que motivará para ir a la guerra. Una teoría del desarrollo imbuida de pacifismo optimista olvida por lo general que, a través del mismo desarrollo socioeconómico de los últimos decenios, han aparecido nuevas posibilidades para la violencia productiva y la economía de guerra.

PRIVATIZACIÓN Y COMERCIALIZACIÓN DE LA GUERRA

¿Cómo ha vuelto a ser entonces la guerra un negocio lucrativo? Conducir una guerra no fue siempre un negocio subvencionado, pues en Europa la organización privada del suministro de fuerza de trabajo bélica había producido, en determinadas condiciones, ganancias significativas. En otra forma no se podría explicar la aparición de los *condottiere* italianos, de los *Reisläufer* suizos y de los *lansquenets* alemanes. De todos ellos se puede decir que habían entendido la guerra como una forma de ocupación productiva. La guerra tiene que alimentar la guerra, dice la respectiva sentencia: *Bellum se ipse alet*. Las condiciones italianas de los siglos XIV y XV fueron especialmente adecuadas para este desarrollo, pues al haberse acumulado en las ciudades co-

⁸ Klaus-Jürgen Gantzel ha planteado que después de haberse impuesto las formas sociales capitalistas a escala mundial, desaparece la guerra como modo de apropiación de bienes y servicios. Ver: Klaus-Jürgen Gantzel, "Kriegsursachen – Tendenzen und Perspektiven", en: *Ethik und Sozialwissenschaften*, Nr. 8, 1997, Heft 3, pp. 257-266.

merciales grandes sumas de capital, ellas se habían convertido en un objetivo lucrativo para agresiones armadas, al mismo tiempo que las capas dirigentes no tenían ganas de prestar servicio militar. Que en el medio rural había suficiente fuerza de trabajo para el empleo militar, explica el establecimiento de un tipo de ocupación por tiempo limitado, la llamada *Condotta*. Las capas dirigentes mandaban a pelear a los pobres en su nombre. Éstos, como es obvio, se dieron cuenta del poder potencial y de las posibilidades de ingreso que les correspondían. Así, hacer la guerra se convirtió en un negocio lucrativo. Algunos que habían comenzado como pobres diablos, al cabo de algunos años alcanzarían una apreciable riqueza, mientras que miembros de la nobleza rural de bajo rango pasaron a ser príncipes y duques.

Una de las cosas que más llama la atención en estos empresarios de la violencia en la guerra comercializada de fines de la Edad Media y comienzos de la Edad Moderna es que hacían todo por evitar las grandes batallas, y ni qué hablar de las batallas decisivas. Si las hubieran emprendido, le habrían puesto punto final a su interés en una ocupación de largo plazo y habrían arriesgado salud y vida de una manera que no cabía en la imaginación de quienes querían vivir de la guerra sin morir en ella. Los ejércitos de *condottieres* se enfrentaban preferiblemente atacando las líneas de abastecimiento para obligar al enemigo a capitular sin luchar. Esto era más lucrativo que las matanzas de unos contra otros, y además, si se capturaban oficiales y soldados, se podía cobrar un jugoso rescate que servía para mejorar el sueldo en las propias filas. Una vez pagado el rescate se dejaba al adversario libre y la guerra podía volver a comenzar. Esta forma de hacer la guerra corría normalmente por cuenta de los que daban el contrato, o sea príncipes y ciudades, que tenían que destinar cada vez más dinero para sus guerras, así casi nunca pudieran alcanzar sus objetivos. Para conseguir recursos, tenían que recostarse en su propia población a la cual cargaban de impuestos especiales y contribuciones de guerra. Este sistema puede calificarse de *forma civilizada* de hacer la guerra, pues mientras funcionaba, es decir, mientras que los empresarios de la violencia y sus tropas recibieran sus sueldos regularmente, no molestaban a la población en su zona de operaciones. Esto

cambiaba rápidamente cuando el sistema dejaba de funcionar, o sea, cuando los sueldos faltaban. En estos casos, los empresarios de la violencia recurrían a *formas no civilizadas* de hacer la guerra: se lanzaban contra la población para robar y saquear, incendiaban fincas y pueblos, azotaban a los hombres y violaban a las mujeres. Todo para que los actores involucrados en la guerra se dieran cuenta que era mejor pagar regularmente que sufrir la coacción de esos pagos forzados.

El continuo encarecimiento del aparato militar hizo que a lo largo de los siglos XVI y XVII fueran saliendo de la escena los empresarios de la guerra, los *Warlords* de los albores de la época moderna. Albert von Wallenstein, el último gran empresario de la guerra, paradigmáticamente terminó en una trágica bancarrota política después de haber obtenido resonantes triunfos durante la Guerra de los Treinta Años. Hay tres factores que se deben destacar en el encarecimiento de la guerra. Uno es el desarrollo de la artillería, cuyo empleo se volvió decisivo en el campo de batalla. El segundo es la transformación de la infantería en un cuerpo disciplinado y entrenado en la táctica, que entrará al combate en líneas alargadas y cada vez más orientado al uso de las armas de fuego. El tercero es el aumento de tamaño de la fuerza armada para cumplir con el requisito de combinar adecuadamente infantería, caballería y artillería, considerado como clave del éxito. Desde el punto de vista técnico y organizativo, en eso consistió la “revolución de lo militar” de comienzos de la Edad Moderna⁹, y quien no podía mantener el paso con este desarrollo dejaba de influir en los acontecimientos bélicos y quedaba por fuera de aquella categoría de adversarios que podían enfrentarse según principios simétricos. Pero como la artillería y la infantería, así como el aumento del tamaño del ejército, costaban tanto dinero, terminó siendo el Estado el único capaz de correr con esos gastos. Para los empresarios privados de la guerra se volvió imposible dotarse de un parque de artillería de diversos calibres, y para ellos no podía ser lucrativo un ejército grande y costoso que tenía que hacer constantemente ejercicios para combinar correctamente los tres tipos de armas y que sobre todo necesitaba, por largo tiempo, un permanente entrenamiento de la infantería. Tanto la guerra como la preparación de la misma se separaron de la lógica de la

⁹ Ver Geoffrey Parker, *The Military Revolution. Military innovation and the rise of the West, 1500-1800*, Cambridge, 1988.

amortización del capital y fueron trasferidas directamente al Estado.

La estatización de la guerra tuvo inicialmente el efecto de acortarla, pues ambos lados estaban interesados en alcanzar un resultado rápido y contundente. El medio para alcanzar ese resultado fue la batalla, y así surgió un arte de conducir la guerra dedicado a la realización de batallas cuyo desenlace, de ser exitoso, permitiría terminar la guerra y alcanzar la paz. Esto condujo en Europa a un aumento dramático de la intensidad de la violencia en los campos de batalla, pero también a una significativa limitación territorial y temporal de ella. De esta manera la guerra pasó a ser la de soldados contra soldados. La población civil quedaba por lo general libre de la violencia y la destrucción, salvo que viviera en las áreas de movilización de tropas o se encontrara desgraciadamente en zonas de combate. El derecho internacional, con su distinción clara entre combatientes y no combatientes, descansa en lo fundamental en el desarrollo descrito, o por lo menos sin éste no habría ganado validez y reconocimiento.

Tanto el avance en la técnica armamentista como en la organización militar condujeron, en gran medida, a la tajante distinción entre guerra y paz como dos situaciones jurídicas diferentes, y también a caracterizar de acto jurídico el paso de una situación a la otra mediante una declaración de guerra o un convenio de paz. La guerra internacional y la guerra civil se entendieron como dos formas diferentes de guerra, y se fijó para la primera, pero no para la guerra civil, una serie de controles mediante convenciones. La convención de La Haya, así como la de Ginebra, distinguen en la guerra internacional el combatiente del no combatiente, y obligan a las partes en guerra a hacer todo lo posible para evitar el uso de la violencia contra no combatientes.

En las nuevas guerras, casi desde todo punto de vista, se observa lo contrario. La mayoría de estas guerras no son realizadas por ejércitos bien armados sino por milicias reclutadas a la carrera por jefes de grupos étnicos o de clanes, más los hombres de los *Warlords*, y así por el estilo. Las armas empleadas en estas guerras son baratas, pues se usan armas ligeras, fusiles automáticos, minas antipersonales y ametralladoras montadas

sobre camionetas. Sólo excepcionalmente entran en acción armas pesadas, y en caso tal se trata de una forma de valorizar los sobrantes de armas de la guerra fría. Que esta forma de guerra sea posible y además exitosa se debe a que no se trata de un enfrentamiento que se decide entre dos ejércitos en el campo de batalla, sino que es un uso de la violencia que se prolonga indefinidamente contra la población civil. Mientras que en las condiciones de una constelación simétrica la preparación de la guerra, para no hablar de su conducción, se vuelve cada vez más costosa, los conductores de las nuevas guerras han sido capaces de reducir los gastos directos de tal manera que estas se han vuelto otra vez un negocio rentable.

No quiere decir esto que los gastos de la guerra para la sociedad en su conjunto sean bajos. Todo lo contrario: son muy altos los costos de las consecuencias sociales de largo plazo, la destrucción de infraestructura, la desolación del país, el minado de carreteras y campos, el desarrollo de una generación de jóvenes que no ha conocido más que la guerra¹⁰. Pero estos costos no tienen que ser soportados por los protagonistas de la guerra. Recordando una vieja fórmula, se puede decir que a los *Warlords* y jefes de milicias les ha resultado posible privatizar las ganancias de la guerra y socializar sus costos. Esto tiene que ver con el fracaso de la construcción del Estado en muchas partes del Tercer Mundo. En los llamados *failed states* no existen instituciones que funcionen y estén en capacidad de ponerle un término, o al menos límites, a la socialización de los gastos. La población civil y los recursos naturales se convierten en presas controladas por quienes cuentan con seguidores armados. Así la violencia impuesta echa raíces cada vez más profundas en la sociedad hasta que no queda más posibilidad de salvación que la intervención de poderes externos. Queda, sin embargo, abierto el interrogante de si éstos pueden pacificar realmente al país o si ellos mismos se convierten en parte de la guerra que, por una eventual contra-intervención, se puede convertir en un conflicto internacional. Los casos de Angola, El Congo, Somalia, Afganistán, así como la región del Cáucaso constituyen interrogantes abiertos a los cuales hay que añadir señales de alerta.

¹⁰ Ver por ejemplo: Ungeheuer ist nur das Normale. Zur Ökonomie der "neuen" Kriege, hrsg. von medico international, Red. Anne Jung, Frankfurt/M., 2002; Mats Berdal/David M. Malone (Hrsg.), *Greed and Grievance. Economic Agendas in Civil Wars*, Boulder/London, 2000; François Jean/Jean-Christophe Rufin (Hrsg.), *Economie des guerres civiles*, Paris, 1996.

Las nuevas guerras, tal como puede observarse en los últimos dos decenios, se caracterizan sobre todo porque en ellas se esfuma, hasta desaparecer, la distinción entre vida laborable y uso de la violencia, distinción que se había desarrollado como consecuencia de la estatización de la guerra, y que es el presupuesto imprescindible de una economía de paz. En las nuevas guerras, los que están dispuestos a usar las armas convierten la violencia en fuente de empleo, en medio para asegurar la subsistencia, e incluso, en algunos casos, de enriquecimiento. En las nuevas guerras vuelve a tener validez el lema de que la guerra tiene que alimentar la guerra. Típico de estas nuevas guerras es la aparición de empresarios de la guerra que mediante el uso de las armas someten territorios, controlan sus recursos naturales disponibles, desde petróleo y hierro hasta metales preciosos y diamantes, que explotan directamente u otorgan licencias de explotación a otros. Junto a esto se puede constatar un aumento de los mercenarios, que son los asalariados mejor pagados durante estas guerras, y también un aumento del empleo de niños soldados. Estos últimos han probado ser un instrumento barato y eficaz, afrontan los peligros con gran temeridad, someten a sus enemigos a un trato cruel y brutal, no pueden ser sin más enfrentados por tropas internacionales de paz, y es posible mantenerlos con drogas y pocos alimentos. Todo esto hace de esos niños el instrumento preferido de los empresarios de la guerra y de los *Warlords*. Por otra parte, el hambre y la pobreza han crecido de tal manera en el Tercer Mundo, que para obtener medios de subsistencia, o en caso contrario, para tener las posibilidades de saqueo, muchos niños están dispuestos a ponerse a las órdenes de un *Warlord*. Según cálculos de las Naciones Unidas, hay 300.000 niños soldados en el mundo. Se trata de niños de entre ocho y catorce años que se han vinculado de manera permanente a una de las partes en guerra y actúan en sus filas portando armas y empleando la violencia.

Claro que no es solamente la destrucción del Estado en muchas regiones del llamado Tercer Mundo lo que explica que la guerra por cuenta propia haya vuelto a ser lucrativa, sino sobre todo la facilidad con que cuentan las economías de guerra para engancharse a la circulación de capital y mercancías en el mercado mundial. Junto a reservas petrolíferas y materias primas estratégicas, oro y diamantes, son sobre todo los productos ilegales, o declarados ilegales, los usados por los *Warlords* para financiar sus guerras, y

no pocas veces para acumular fortunas. Sobre todo el tráfico de narcóticos, y también el de mujeres, han comprobado ser muy lucrativos porque en los países ricos hay una fuerte demanda.

Que la guerra sea otra vez un negocio lucrativo es algo en lo cual los selectos integrantes de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OECD) no son completamente inocentes. Para el surgimiento de las nuevas guerras, su abaratamiento ha sido más decisivo que su financiación mediante flujos de mercancías y de capitales. La guerra para la cual Este y Oeste se prepararon durante cuarenta años tratando de impedir la, fue una confrontación que acarreó inmensos costos. Se puede decir que uno de los bandos, la Unión Soviética, fracasó en la financiación de esta carrera armamentista. Mientras que la investigación institucionalizada sobre paz y conflicto todavía estaba ocupada en reconstruir esta carrera armamentista y evaluar la simetría del conflicto Este-Oeste, los planeadores y estrategias de las nuevas guerras lograron no sólo escaparse de la espiral armamentista, sino de cualquier imperativo simétrico en los preparativos y la conducción de sus proyectos. Este proceso, que hasta ahora había pasado desapercibido y que constituye la condición previa, ya descrita, de la privatización y comercialización de la guerra, puede tener a la larga mayores y más fatales consecuencias que las del conflicto Este-Oeste.

Estas nuevas guerras no van a permanecer por mucho tiempo más circunscritas a Centroamérica y partes de Suramérica, al África negra y al sudeste y centro de Asia, sino que a través de diversos canales se harán sentir en las ricas regiones del hemisferio norte. Éste no puede ser afectado desde el sur, claro está, con los métodos militares convencionales. Pero aquí cobra validez lo que se dijo esquemáticamente al principio evocando a Clausewitz: que la guerra es un camaleón que se adapta a las constelaciones socioeconómicas respectivas, y que lo que permanece como rasgo de identidad es su elemento consustancial de violencia. Los hechos del 11 de septiembre dan una idea de las nuevas formas que puede adquirir la guerra y de cómo poco a poco se puede llegar a una desmilitarización de ella.

LA DESMILITARIZACIÓN DE LA GUERRA

Desmilitarización de la guerra quiere decir que las guerras del siglo XXI van a ser desarrolladas sólo en parte por soldados, y que en esencia no irán dirigidas en contra de blancos militares. Ahora están de regreso aquellas formas de gue-

rra que Europa había dejado de lado en los siglos XV y XVI, y sustituido por aparatos militares disciplinados. En gran parte, ahora los objetivos militares han sido sustituidos por objetivos civiles. Éste es el caso de los caseríos y pueblos que son arrasados y saqueados por las milicias de los *Warlords*, pero también del ataque a los símbolos del poder económico como sucedió el 11 de septiembre. Tampoco los medios empleados para los ataques siguen siendo genuinamente militares. Así las camionetas Toyota, construidas para pasajeros, pasan a simbolizar, en África y Asia central, el surgimiento de las milicias y los *Warlords*. Pero también al ataque terrorista del 11 de septiembre fue posible por el cambio de función de la infraestructura civil en arma de ataque.

Tanto en los ataques del 11 de septiembre como en la serie de atentados en Israel, se ha percibido como una nueva amenaza específica la participación de actores que usan sus cuerpos como armas y ligan el éxito de sus acciones violentas a una muerte segura. Sus ataques únicamente son posibles por la completa renuncia a planear y asegurar cualquier retirada. Los atacantes suicidas, en otras palabras, compensan la debilidad técnica de sus armas renunciando a cualquier posibilidad de supervivencia¹¹. Esto se puede criticar con buenos argumentos morales, pero es indiscutible que se trata de una nueva forma de heroísmo que para las sociedades occidentales posheroicas constituye un gran peligro, no únicamente *en sentido instrumental*, sino también a través de su *simbolismo*. Este nuevo accionar del terrorismo demuestra de manera sangrienta la vulnerabilidad de las sociedades agredidas, y a ello agrega un mensaje adicional: que, por estar ellas orientadas a la conservación de la vida, no pueden resistir a largo plazo a actores dispuestos a inmolarse. Las inmoluciones demostrativas transmiten desprecio a aquellas sociedades en las cuales la idea de sacrificio ha sido desterrada de los principios de autoorganización social o que se sirven de ella apenas en sentido metafórico¹². Los estrategas del terror se han dado cuenta que las sociedades posheroicas, tanto en su funcionamiento como en sus propios

convencimientos, adolecen de un alto grado de vulnerabilidad ante la acción de actores individuales heroicos. Éste es otro ejemplo de aquella creatividad estratégica que, según Clausewitz, constituye un factor central del camaleón de la guerra.

Han sido casi siempre estrategias asimétricas las que han caracterizado de manera decisiva los cambios que ha sufrido el acontecer bélico en los últimos tiempos: desde el uso estratégico de la desaceleración, hasta el redescubrimiento del sacrificio como amenaza para sociedades basadas en el intercambio. Se puede pronosticar que las guerras del siglo XXI serán en su mayoría asimétricas, y en eso se diferenciarán de las guerras de la historia europea a partir del siglo XVII, que fueron casi siempre simétricas. Las simetrías en el uso de la violencia descansan en una serie de presupuestos de los cuales el más importante es el reconocimiento mutuo de los actores como *iguales*. El reconocimiento de la igualdad puede darse a través de la inclusión de los adversarios en el mismo sistema de valores vinculantes (espíritu caballeresco), pero también a través de la subordinación a un reglamento de carácter jurídico (derecho de gentes y derecho de guerra). En todo caso, descansa en presupuestos de igualdad que *de facto* deben ser ampliamente cumplidos: más o menos el mismo nivel de armamento, ningún desequilibrio estratégico en la información y formas sociales análogas de reclutamiento y entrenamiento de los combatientes. Sobre esta base es posible una limitación del uso de la violencia, limitación que puede consistir en que la violencia se use solamente entre estos iguales que están en la situación de identificarse mutuamente como combatientes. Los no iguales no serán objeto de la violencia, por lo menos en la medida en que ellos, por su parte, se abstengan del uso de la misma. Así se puede mantener la violencia limitada en el espacio y el tiempo, y esto vale tanto para los duelos como para los campos de batalla y los frentes. Las guerras simétricas son entonces, en la práctica, aquellas en que se hace un uso limitado de la violencia, mientras que en las asimétricas se tiende a la am-

[10]

¹¹ Una detallada presentación de las antiguas y nuevas formas atentado suicida se encuentra en Christoph Reuter, *Mein Leben ist eine Waffe. Selbstmordattentäter – Psychogramm eines Phänomens*, München, 2001.

¹² Ver Herfried Münkler/Karsten Fischer: "Nothing to kill or die for..." Überlegungen zu einer politischen Theorie des Opfers, en: *Leviathan*, 28. Jg. 2000, Heft 3, pp. 343-362. También Herfried Münkler, "Terrorismus als Kommunikationsstrategie. Die Botschaft des 11. September"; en: *Internationale Politik*, 56. Jg., 2001, Heft 12, pp. 11-18.

pliación y difusión de la violencia en todos los campos de la vida social¹³. Lo anterior es una consecuencia de que en la asimetría por el lado de los actores débiles se tiende a usar la sociedad como protección y base logística para poder realizar ataques contra enemigos militarmente superiores. En el comienzo de todo esto está la guerra de guerrillas, y el punto final es por el momento el actual desarrollo del terrorismo internacional.

Las guerras simétricas de la Europa de la Edad Moderna se caracterizaron fundamentalmente por ser guerras *interestatales*. Con el triunfo del Estado como monopolista de la guerra, se aseguró en Europa que sólo los estados pudieran hacer guerras, y esto se convirtió en la garantía institucional del presupuesto de la igualdad y de las relaciones de reconocimiento en la conducción simétrica de la guerra. Sólo desde la Segunda Guerra Mundial, con las guerras de aniquilamiento en el Este y los bombardeos de zonas urbanas, se quebró definitivamente el fundamento de la limitación del empleo de la violencia. Hasta allí actuó el Estado como el que trazaba los límites: él diferenciaba entre lo interno y lo externo, amigo y enemigo, guerra y paz, militar y policía, lealtad y traición, etc. En la literatura especializada apareció, y se usó por mucho tiempo, el concepto de guerra dentro de la sociedad, es decir, guerra civil, como concepto opuesto a la guerra interestatal. Pero también este concepto opuesto dependía de una relación a lo estatal en tanto que recurría a los límites que se trazaban desde el Estado. Guerra civil es el concepto simétrico opuesto a la guerra entre estados, pero el concepto asimétrico opuesto es el de *guerra transnacional*, y en él ya no desempeñan ningún papel los límites que traza el Estado. Este tipo de guerra traspasa las fronteras sin que se tenga que conducir como una guerra internacional (así ha sido el caso en las guerras en y por Angola, Zaire/Congo, Somalia y Afganistán). Característico es un continuo cambio de amigos y enemigos, así como la disolución de las competencias diferenciadas del poder político, por ejemplo en-

tre ejército y policía. Actos de guerra y crímenes se confunden mientras que un fin de la guerra, en el sentido de suscribir la paz, no es previsible. Estas guerras, que se han multiplicado ya en los dos últimos decenios del siglo XX, junto con las guerras guerrillero-terroristas, determinarán en gran parte el acontecer violento del siglo XXI.

¿Hay posibilidades de bloquear el desarrollo aquí esbozado o al menos de desacelerarlo? Quizá si se vuelve a estabilizar el Estado a nivel mundial puedan someterse a control la privatización de la potestad de declarar la guerra, la asimetría del empleo de la violencia y la desmilitarización de la guerra. Esto significa impedir el desarrollo autónomo de lo que antes era el elemento de violencia sometido a estrategias político-militares. Lo estatal se subordina precisamente a criterios de racionalidad política que no son compatibles con el proceso descrito¹⁴. Las tendencias del proceso que se cobija bajo el nombre de globalización, sin embargo, generan dudas acerca de la posibilidad de una nueva estatización de la política a nivel mundial. Además, ella tendría el éxito deseado sólo si en los estados llegaran al poder elites resistentes a la corrupción. Pero esto tampoco es probable, si se toman en cuenta los procesos que están en desarrollo. Las guerras del siglo XXI, en consecuencia, no serán, *en su mayoría*, guerras en las que se disponga de gran poder de armas de fuego o gigantescos aparatos militares. Ellas se desarrollarán más bien a fuego lento; no se podrá fijar claramente su comienzo ni su final, y cada vez se erosionarán más las líneas de separación entre las partes en guerra, por un lado, y la criminalidad internacional organizada, por el otro. Algunos ya cuestionan de que realmente se trate de guerra¹⁵. Quienes así piensan, pasan sin embargo por alto que, antes de la estatización de la guerra, en Europa mercenarios y bandidos ya habían tenido relaciones muy estrechas. El camaleón de la guerra puede tomar con más fuerza formas que se parecen en muchos sentidos a aquellas que tuvo desde el siglo XIV hasta el XVII.

FECHA DE RECEPCIÓN: 28/01/2004

FECHA DE APROBACIÓN: 3/02/2004

¹³ Estas diferencias las trata en detalle Mary Kaldor, *New and Old War. Organized Violence in a Global Era*, Sanford University Press, 1999.

¹⁴ Esta reflexión se detalla en Herfried Münkler, "Die Kriege der Zukunft und die Zukunft der Staaten" en: Wolfgang Knöbl/Gunnar Schmidt (Hrsg.), *Die Gegenwart des Krieges. Staatliche Gewalt in der Moderne*, Frankfurt/M., 2000, pp. 52-71.

¹⁵ Ver por ejemplo Erhard Eppler, *Vom Gewaltmonopol zum Gewaltmarkt. Die Privatisierung und Kommerzialisierung der Gewalt*, Frankfurt/M., 2002.